

Reflexionar sobre la mentira puede parecer hoy innecesario por demasiado evidente; al menos de manera práctica, no admite muchas dudas en qué consiste, tenemos tantos ejemplos como queramos leyendo los titulares de prensa en los que se despliega una gran variedad de formas descaradas o sutiles de mentir. También porque en la vida ordinaria se considera que la mentira no necesita de mayores precisiones, es algo bien definido y sólo en casos extremos plantea un problema conceptual fijar los límites de qué es o no es mentir. Sin embargo, siendo todo ello cierto, la mentira sigue sorprendiéndonos y se nos escapa, cuando queremos establecer de manera rigurosa si todas las formas de mentir valen lo mismo, si comparten algunas características básicas y tienen una sola naturaleza.

La mentira puede decirse de muchas maneras y no es ni mucho menos evidente que todas ellas remitan al mentir en cuanto tal, sin determinaciones, es decir, con independencia de cómo y para qué se miente. El campo semántico de la mentira se ramifica y extiende en todas direcciones, tiene numerosas variantes y todas pertenecen a la especie mentira, aunque, según los contextos y situaciones, pasan a ser bulo, rumor, chisme, murmuración, enredo, simulación, impostura, falsedad, fraude, mistificación, difamación... Sin embargo, pocas veces

tenemos dificultad en distinguir las y saber la gravedad y mala fe de cada una de ellas; resultaría sorprendente que se pusieran en el mismo plano una *calumnia* y una *trola*, porque no se trata de una cuestión de grado. Ni los más moralistas creen que la mentira sea un continuo que puede comenzar con *mentirijillas* infantiles y culminar con *desinformaciones* para provocar una intervención militar. Pero tampoco se puede negar que ambas son mentiras. La pertenencia a la especie mentira y la disimilitud obvia entre todas ellas plantean un problema que pone de relieve las limitaciones de la forma en que mayoritariamente se entiende y emplea el término *mentira*. Aunque en general se admite que mentir es decir algo que se sabe que no es cierto con intención de engañar, si nos limitamos a esta concepción estamos muy lejos de dar cuenta del problema de la variedad y las diferencias de valoración y sentido con que se miente, porque, por ejemplo, también se puede mentir diciendo la verdad, si estamos seguros de que nuestro interlocutor va a suponer que lo que le decimos no es cierto. La mentira no depende de la verdad o falsedad de lo que se dice, sino de la intención de quien lo dice. Pero el carácter intencional de la mentira también puede dar lugar a una situación paradójica y opuesta a la habitual, cuando alguien atribuye, sin motivo, a su interlocutor la intención de engañarlo y reacciona creando él mismo con su sospecha la mentira. Como ocurre en el célebre chiste –del que propongo la interpretación inversa a la más habitual– que dio pie en el análisis freudiano a su relación con el inconsciente: dos judíos se encuentran en el tren y uno pregunta al otro a dónde va. “A

Cracovia”, responde. “¡Qué mentiroso eres! –protesta el primero–. Dices que vas a Cracovia para que yo crea que vas a Lemberg. Pero ahora sé que en realidad vas a Cracovia. ¿Por qué me mientes?”. Con la mentira nos movemos en un terreno resbaladizo en el que se entrecruzan y en ocasiones se invierten los términos de veracidad y mendacidad, que durante el proceso de comunicación no siempre se corresponden con la valoración moral ni con el sentido que, con carácter general, esperamos que tengan.

Veracidad y mentira forman una pareja indisociable, no existiría la una sin la otra: no se podría decir la verdad si no se pudiera mentir. Esta condición de posibilidad está inscrita en el lenguaje y en el origen de la comunicación, interviene y da forma, como veremos, a los distintos papeles sociales que tenemos que representar en la vida social, desde los notables y públicos hasta los privados y cotidianos. Aunque una corriente de la etología considere que el hombre y, al menos, los primates superiores comparten la facultad de mentir, parece suficientemente acreditado que no es la misma facultad ni, en sentido riguroso, se puede llamar mentira a las variadas formas de simulación que emplean las especies animales más evolucionadas; existe una diferencia esencial que consiste en poseer capacidades mentales inseparables del lenguaje,¹ de

¹ Cf. LENCLUD, Gérard. “L’acte de mentir”. *Terrain*, núm. 57, 2011, pp. 4-19. Todos los textos en cuya nota a pie de página figure la edición francesa –aunque algunos no hayan sido escritos en esa lengua– han sido traducidos por el autor a partir de la edición francesa mencionada.